

LIBRO SEXTO

CAPÍTULO PRIMERO

EL IMPERIO Y EL EMPERADOR CÁRLOS V

Abrese el siglo décimosexto, y en su año primero nace el hombre que debía personificarlo, el emperador Carlos V. Gante, ciudad flamenca, le sirvió de patria; y fueron sus padres un hijo del emperador Maximiliano de Austria y una hija de los Reyes Católicos de España. El pensamiento no puede seguir apenas, el cálculo no puede apenas contar cómo pueblos varios, de orígenes diversos, de naturaleza opuesta, de tradiciones enemigas, van á reunirse y concentrarse en débil niño, que ni tiene fuerza en sus primeros años, por su complexion delicada, para mover los juguetes propios de la niñez ó de la inocencia. Parte considerable de Francia, las tierras de Flandes, aquel Aragon que asombrara con sus libertades y con sus hazañas al mundo, aquella Castilla que acababa de cerrar la épica guerra mahometana, y de poner la cruz de las Navas en la cima de las torres Bermejas, el bienhadado reino de Nápoles conseguido en cien ruidosas victorias y la griega Sicilia heredada de cien incomparables héroes, la dignidad arqueológica de cabeza visible del imperio alemán y la posesion completa de las tierras vírgenes del Nuevo Mundo; toda esta colosal grandeza debía concentrarse en el primogénito de un príncipe ligero y de una princesa loca, en el nieto de dos extravagantes como Maximiliano de Austria y Carlos de Borgoña, grande solo en su inmediata genealogía mezclada tambien con nombres británicos, grande solo por los dos ilustres reyes, los cuales aportaban y trasmitian la parte

mayor de aquel inmenso imperio, grande por los Reyes Católicos de España.

¡Extrañas coincidencias de la historia! Aquel sacro imperio alemán, enemigo implacable de la Roma pontificia, cuya existencia toda se consumiera en luchas con los Papas; el imperio de los Barbarojas, contra quienes debió luchar Alejandro III; el imperio, afligido y humillado y maltrecho á las puertas del castillo de Canosa; el imperio, que á cada paso dirigia sus huestes contra la Ciudad Eterna y asediaba al Papa en el Vaticano; el imperio, excomulgado en la persona de Federico de Suabia y descabezado por los verdugos romanos llamados angevinos en la persona del nieto de Federico; aquel imperio, contradiccion perpetua del poder espiritual, iba en este momento supremo en que Alemania condensaba todas sus tradiciones y todas sus iras por un soberano esfuerzo en la persona de Lutero, iba providencialmente á personificarse en el mas católico de los pueblos por medio de Carlos V, en el pueblo español, que acababa de concluir su guerra de siete siglos y de dar al Catolicismo un nuevo continente, como si presintiese las grandes compensaciones que el Pontificado habia de menester en sus próximas y terribles angustias. Así como despues de la extincion de los Carlovingios, el imperio romano, personificándose en Alemania, pasa á ser el enemigo mas implacable de Roma; desde el siglo décimosexto, desde la hora solemne de la rebelion de Lutero, el imperio alemán pasa á ser el enemigo mas implacable de la nueva Alemania. Así sucede con todas las grandes intituciones sociales. Al revés de lo que pasa en la Naturaleza, la cual inspira á los padres el amor entrañable á sus hijos; en la sociedad nacen los seres bajo las maldiciones de aquellos que los han engendrado y producido. La Sinagoga entera contribuyó á producir el Cristianismo, supremo testamento de su genio, y corolario supremo de sus ideas; y sin embargo, entre el Cristianismo y la Sinagoga hubo siempre una implacable guerra á muerte, que no se ha extinguido, ni en el largo curso de veinte creadores siglos. El Protestantismo, mejor dicho, el Luteranismo, provenia lógica y naturalmente de todas las tesis políticas, jurídicas, sociales del Imperio contra el Pontificado. Solo el Imperio hubiera podido forjar la autoridad civil para oponerla de frente á la autoridad teocrática; solo el Imperio hubiera podido bosquejar aquella su sombra de monarquía universal para oponerla abiertamente á la autoridad universal de los Pontífices;

solo el Imperio hubiera podido resucitar el derecho romano antiguo para vencer al derecho canónico de la Edad media; solo el Imperio hubiera impedido que la antigua dominacion romana se arraigara en algo mas sólido y mas duradero que la tierra, en los senos del humano espíritu; solo el Imperio hubiera levantado la corona de los Césares en los aires, para que esclareciese el mundo, á la altura misma de la tiara de los Papas; solo el Imperio hubiera podido engendrar en las universidades, enemigas natas de los monasterios, y sin embargo pontificias é imperiales á un mismo tiempo, aquella órden de los jurisconsultos, la cual fué poco á poco arrancando la sociedad civil á las entrañas de la sociedad teocrática; y cuando la idea de los Othones, de los Barbarojas, de los Suabias se condensa y se formula en la revolucion religiosa, el Imperio, que deliberadamente y á conciencia la preparara y aun la trajera, se alza frente á frente de ella, no solo con su propio poder, sino con el poder incontrastable de la inmensa España, cuya grandeza, dilatándose como los mares y los cielos y rebosando en la tierra, tenia por esclavo al sol y necesitaba, dadas sus tradiciones, acorrer y salvar con todo este poder á los antiguos Pontífices.

Nada tan dramático, en verdad, como el conjunto de incidencias, en cuya virtud la corona mayor de la tierra, la corona mas espléndida que ningun rey haya jamás ceñido á sus sienes, recae en el archiduque Cárlos de Austria. Si Luis XI aceptara la mano de María de Borgoña, en vez de declararle cruda guerra; territorios como los Países Bajos, enclavados entre el imperio alemán y el reino francés, y provincias tan importantes como el Franco Condado, quedaran bajo su dominio y el dominio de sus hijos, en vez de ir á poder de la casa de Austria representada en esta sazón extraordinaria por el emperador Maximiliano, padre de Felipe el Hermoso y abuelo de Cárlos V. Si el derecho hereditario prevaleciera; si la hija habida, no de ganancia como quiso una tradicion injuriosa, sino en legítimo matrimonio, si Juana la Beltraneja, heredara, segun el derecho español, la gran reina Isabel la Católica no hubiera ascendido de ninguna suerte al trono, y ensanchado Castilla hasta el punto de mezclarla en todos los negocios de Europa. Si el heredero de Aragon, el primogénito de Juan II, el infeliz príncipe de Viana, viviera en vez de morir víctima de una odiosa intriga, no lograra la corona el rey astuto y

doble, en quien Maquiavelo encontrara tantas enseñanzas y tantos ejemplos, el rey D. Fernando V. A pesar del compromiso de Caspe, á pesar de la influencia política de San Vicente Ferrer, á pesar de la exaltacion de una dinastía castellana en la persona inmortal de D. Fernando de Antequera, á pesar de que príncipes de Castilla ocupaban el trono de Aragon, la tradicional rivalidad, ó mejor dicho, la enemiga abierta entre estas dos principalísimas porciones de la península, de las cuales una como el Ebro que la atraviesa, desembocaba en el Mediterráneo, y otra como sus principales rios, desembocaba en el Océano; esa competencia secular impedía la union necesaria entre las dos coronas mas espléndidas de nuestra península, union solo realizable por un matrimonio tan de razon de Estado como el matrimonio de D. Fernando V con doña Isabel la Católica. Y luego nada tan verdaderamente inverosímil, nada que parezca invento de la imaginacion, fábula de la historia, como el viaje militar de Gonzalo de Córdoba á la antigua magna Grecia, para traer tierras de larga genealogía al acervo comun de todos estos reinos, nada tan fabuloso, nada tan legendario, sino el viaje mitológico de Cristóbal Colon, que á su vez traía tierras no conocidas, apariciones milagrosas de una nueva naturaleza, rejuveneciendo y renovando la naturaleza antigua en el seno de la vieja y carcomida Europa. De consiguiente, el heredero de todos estos dominios, bien podia sin hipérbole, decir que llevaba en la palma de sus manos el globo terráqueo.

Detengámonos por corto espacio de tiempo á considerar su prosapia. La dinastía de Portugal, la dinastía de Borgoña, la dinastía de Austria, la dinastía de Castilla, la dinastía de Aragon, la misma dinastía de Inglaterra se juntan por enlaces sucesivos para formar este monstruo de la fortuna y del poder. Es su bisabuelo aquel Cárlos el Temerario, que jugaba á los dados como un juglar, que tiraba á la barra como un gañan, que leía los libros caballerescos y trataba de imitarlos en sus hazañas; guerrero incansable, el cual se gloriaba de tener en sus armerías las llaves de las principales ciudades de Europa; enemigo de su soberano el Rey de Francia y de su vecino el Emperador de Alemania, y de su pariente el Rey de Inglaterra, y de todos cuantos encontraba al paso, por amor al movimiento, al combate, á las empresas descabelladas, á las aventuras diabólicas, amor exaltadísimo, que le conducía sin

razon ninguna y sin ningun pretexto, así á combatir á los suizos, los cuales le observaban que todas las tierras helvéticas no valian lo que una espuela de sus caballeros, como á combatir á los loreneses, los cuales jamás le perdonaron tanta arbitrariedad que les llevó á unirse con todos los contrarios de aquel increíble aventurero, tan pronto á la victoria como á la derrota, tan fácil á la orgía como al claustro; ora armado de punta en blanco y sin dejar su lanza un minuto, ora vestido del sayal de penitente y amortajado como un cadáver; juguete de sus múltiples y exaltadísimas pasiones, en cuyas trombas iba como arrastrado su tormentoso espíritu. Y junto á este bisabuelo, llamado el conquistador, el salvaje, el general, el Temerario, tenia un abuelo de pensamiento reflexivo, de intencion aviesa, de complexion doble; ducho en todas las malas artes de la política; engañador y embustero como la diplomacia naciente; frio como la razon de Estado imperante; con ambiciones, no ruidosas y desapoderadas, como las del duque de Borgoña, sino seguras y fijas como cumplía á un estadista de su temple, el mayor sin duda alguna de su portentoso siglo. Por manera que aquel Cárlos tenia de su bisabuelo paterno el valor, la audacia, la temeridad, el desasosiego que le obligaba constantemente á viajar por todas partes, el afan insaciable de conquistas, la grandeza épica estrechamente unida con la reflexion profunda, con el racionio frio, con el cálculo matemático, con las cualidades políticas que en tan alto grado distinguian á su abuelo materno don Fernando el Católico. Y luego, heredaba tambien algo de aquella extraña movilidad de su padre don Felipe el Hermoso con algo de aquella extraña demencia de su madre doña Juana la Loca. Hé ahí en su progenie á Cárlos V.

Su educacion habia sido en verdad bien extraña. Sus padres no tenian ni la altura intelectual ni la altura moral necesarias para imbuir grandes ideas en aquella inteligencia naciente ni grandes afectos en aquel tierno corazon. Felipe el Hermoso, que se casó muy jóven, y que murió á los veintiocho años, era, como su nombre indica, un jóven apuesto, mas irreflexivo y ligero. Los placeres le embargaban por completo la vida, le absorbian la voluntad con la inteligencia; y si le dejaban tiempo para amar el poder ¡ahl lo amaba por el esplendor que podia prestar á su figura y por la satisfaccion que podia traer á sus apetitos. La pobre madre de Cárlos V no tenia mas que

una pasion, el amor á su ligero é ingrato esposo, amor, que, mal correspondido, llevó aquel débil natural de una mujer nerviosa, necesariamente, á las exaltaciones del delirio y á los arrebatos de la demencia. Juana la Loca no vivia para sus padres los Reyes de Aragon y de Castilla; no vivia para sus hijos los futuros Emperadores de Alemania; no vivia para sus numerosos Estados, en parte de los cuales llegó á reinar, siquier fuese de nombre; vivia para aquel esposo, á quien amaba con un amor tal que ha pasado, no solo á la historia, sino á la leyenda y al teatro, como todas las extremas y exaltadas pasiones de los grandes personajes históricos. Pero Felipe, casado por razones políticas, amigo de los placeres cambiantes y fáciles, poco obligado al amor por las prendas naturales de una mujer sin hermosura y sin talentos, dejábala en triste soledad así que podia de ella desasirse; abandono cruel, á cuyas tristezas se perdia cada vez mas el débil resplandor de su razon y se desconcertaban las vibrantes cuerdas de sus nervios. No puede describirse toda la intensidad de esta pasion, avivada por los celos, sino contando los rasgos principales de su proceder, despues de la muerte de su esposo, acaecida por obra de los frecuentes excesos, á que el infeliz se entregaba. Las lágrimas de la viuda se agotaron y se perdieron los suspiros en términos de parecer como un cuerpo inerte, al cual se le hubiera escapado la vida, llegada hasta la petrificacion. Dicen los contemporáneos que, en la rigidez de sus miembros, en la frialdad de su piel, en la fijeza de su mirada, podria confundírsela con una de aquellas efigies, representativas de las Dolorosas, que, en madera, tallaban nuestros inspirados escultores. Baste decir que desenterró el cuerpo de su marido, vistiólo de gala, condújole consigo en sus viajes, tendiólo en sus régias cámaras sobre imperial lecho, y no consintió la presencia de sus damas, llevando sus celos hasta mas allá de la muerte. Pocos meses despues de aquella eterna separacion tuvo que parir el fruto último de sus amores, y parió sin auxilio alguno, por temor á la presencia en su cuarto de una comadre que era hasta setentona. Mujer de esta suerte exaltada no podia curarse, no, de la educacion de sus hijos. Así, el primogénito, el gran Cárlos, creció léjos de su madre y en las posesiones de Flandes. Sus maestros fueron dos mujeres de raro mérito, un caballero flamenco y un obispo instruido tan solo en la teología ortodoxa y en la ciencia escolástica.